

| | |
|-----|--|
| 11 | Un final feliz |
| 27 | ¿A papá o a mamá? |
| 45 | Villa Alegría, Cualquierparte |
| 63 | Agostos |
| 75 | Las medallas de mercurio |
| 93 | Quemar la noche |
| 115 | Historia de amor de extrarradio con final abierto |
| 133 | Arde Lisboa |
| 143 | Intimidad |

Un final feliz

Hoy me he quedado hasta más tarde en la cama. Le he dicho a mi mujer que me dolía mucho la cabeza y que había estado vomitando durante toda la noche. Le he preguntado si no me había oído ir y venir al cuarto de baño. Debe tratarse, he anunciado, de uno de esos virus de mierda que te cogen, se pasean por tu organismo durante una semana, te lo revuelven entero y te abandonan cuando ya habías empezado a cogerles cariño y pensabas que a tu edad, con lo difícil que es, habías hecho un nuevo amigo.

Ella se ha encargado de llevar a los niños al colegio antes de irse a trabajar y entonces me he levantado a desayunar y analizar la situación fríamente. Necesitaba un café. Seguramente necesitaba un *whisky* con hielo, pero no teníamos. He calculado que tendría unas diez o doce horas para valorar lo que estaba pasando. No le he mentado al decirle que esta noche había tenido que levantarme al cuarto de baño varias veces. Pero sí le he mentado al hablarle de los virus de mierda. Ojalá hubiera pillado uno de esos virus de mierda, desagradables y anodinos.

Los retortijones con los que me he despertado por primera vez a las tres de la mañana eran conocidos. Más fuertes de lo habitual, vistos ahora, puede ser, pero no novedosos. Una cena demasiado abundante, demasiado tardía, demasiado picante. He salido del dormitorio a oscuras y me he sentado en la taza del váter. El dolor había ido creciendo con esos pocos pasos. Era insoportable. Aunque lo realmente insoportable ha llegado luego. Cuando he puesto un huevo.

Sí. Un huevo. Tal cual suena. Como los que ponen las gallinas. Blanco, calcáreo, con forma de huevo, con restos de mierda en algunas zonas de su superficie.

Todavía en estado de shock lo he rescatado del agua del váter y lo he sostenido. Estaba caliente, pesaba bastante, y había salido de mi interior. He pensado que debía tratarse de una de esas pesadillas, hiperrealistas y alucinadas, que a veces me asaltan por las noches cuando me acuesto después de una cena indigesta o borracho. Pero la materialidad del huevo, su peso y su calor, negaban cualquier posibilidad de sueño.

Limpié y sequé bien el huevo, con cuidado de no romper la cáscara, y lo guardé en el armario que tenemos en el aseo, bien envuelto entre las toallas planchadas. Y volví a la cama. No quise despertar a mi mujer para contarle nada. Habría pensado que los últimos meses habían podido conmigo y que definitivamente desvariaba.

De más está decir que no pude volver a dormirme. No he parado de pensar en ese huevo en toda la noche. Me he levantado varias veces al aseo a verlo, confiando en que no lo encontraría allí, que podría decir que todo

había sido un sueño, uno muy extraño, uno que le contaría a mi mujer por la mañana, mientras nos tomábamos el café, para que ella se riera impresionada por mi extraña imaginación, un sueño que quizá ella contaría entre risas la próxima vez que vinieran amigos a cenar a casa.

A las seis y media de la mañana han vuelto los retortijones. Igual de violentos. He salido corriendo de la cama, esperando que esta vez se tratara por fin de un estúpido virus, o de una indigestión, que la tormenta gástrica fuera insufrible pero pudiera catalogarla dentro de lo normal. Pero no ha sido nada normal. Otro huevo. Un poco más pequeño, algo más blanco, y si es adecuado tener una opinión estética sobre algo así, más bonito que el primero. Lo he sacado del váter, lo he secado y lo he puesto junto al primero, también envuelto entre toallas de baño.

Mi mujer se ha levantado a las siete y le he contado lo de la enfermedad violenta y repentina, el dolor de cabeza y los desórdenes estomacales. Hemos echado juntos una maldición a todos los virus cabrones de este mundo antes de que ella tuviera que irse.

Un día Gregorio Samsa se despertó y se encontró sobre su cama convertido en un insecto. El primer impulso de su familia fue el de aplastar a ese horrible bicho.

Una mañana mi viejo director de tesis en la Universidad de Wisconsin se despertó convencido de que podía volar y se arrojó por el balcón de su casa. Tuve que volver de Estados Unidos y contarles esa extraña historia a los profesores a los que pedí que se encargaran de mis

investigaciones a partir del punto exacto donde se habían quedado.

Lo mío sonaría así: Anoche me acosté a las doce de la noche después de ver un rato la televisión, estuve leyendo hasta las doce y media, le di un beso de buenas noches a mi mujer, ella seguramente me dijo que me quería y que muy pronto todo mejoraría. Y a las tres de la mañana me levanté al aseó aquejado de un dolor terrible a la altura del abdomen y puse un huevo.

Me gusta la fantasía. Si alguien me contara la historia de un tipo que una mañana se despertó poniendo huevos me resultaría divertida. Hasta me la creería. Lo que de verdad me jode no es vivir en un mundo en el que alguien está expuesto a levantarse una mañana poniendo huevos. Lo que me revienta es que ese sujeto improbable tenga que ser yo.

No se me da nada bien compartir mis problemas. Me da miedo hablar con mi familia y que mi mujer me pida que me marche lejos de ella y de mis hijos. Nadie quiere estar casado con un tipo cargado de problemas que ahora además pone huevos. Ningún niño quiere decir una frase del tipo: «Mi padre pone huevos» en el patio del colegio.

Creo que arreglar el asunto va a ser complicado. Pero al menos me gustaría comprender qué ha pasado. Me gustaría ser capaz de analizar la situación, identificar las variables, proponer una hipótesis, ponerla a prueba, extraer conclusiones de lo observado y corregir mis ideas si fuera necesario. No hace tanto me ganaba la vida haciendo algo así en el Departamento de Astrofísica Teórica de la Universidad. Hasta que los recortes obligaron a cerrar

el departamento y la mayoría de los que trabajábamos allí nos fuimos a la calle.

Han sido siete meses duros. El primer mes apenas tuve fuerzas para salir de la cama. Dejé de tener hambre, de sacar al parque a mis hijos, de leer en la cama, de llamar por teléfono a mis padres, de ir al cine, de hacer el amor con mi mujer. La clásica depresión provocada por un despido inesperado. Porque aunque siempre que me reunía con amigos para comer les decía que la Universidad apuntaba a ruina y que en cualquier momento podíamos quedarnos en la calle, en mi interior estaba convencido de que algo así no me pasaría a mí. Uno siempre confía en que esas cosas les pasarán a los otros.

Después de años de estudio y lucha burocrática había conseguido que me hicieran profesor titular a los treinta y seis. No podía verme en la calle con treinta y ocho. Con un hijo y una hija pequeños. Sin otra experiencia profesional aparte de la astrofísica teórica. Pero me pasó.

Después del primer mes llegó el momento de intentar la remontada. Semanas hechas de días de ducharme y afeitarme cada mañana y salir a entregar currículums. De tardes sentado delante del ordenador, actualizando mi cuenta de correo electrónico sin pausa, esperando la llegada de una interesante oferta de trabajo. Pronto reduje mis expectativas y mis tardes pasaron a convertirse en la larga espera de una oferta de trabajo cualquiera, interesante o no.

Me llamaron de algunos colegios privados para entrevistarme. En este caso entrevista parece el nombre idóneo, porque parecía que solo querían charlar conmigo,

conocerme, hacerme algunas preguntas sobre astrofísica, aprovechando que había ido. Me puse corbata y americana para ir. Estreché manos con firmeza. Miré a los ojos. Tenía experiencia dando clases, sí, pero el suyo era otro mundo, me explicaron. Aquello era una guerra de guerrillas constante, insistían todos. Mi currículum era impresionante, sin duda. Quizá excesivo. Ellos buscaban sargentos de pelotón y yo les parecía más bien un aspirante a teniente coronel. Mucha estrategia militar en la cabeza pero poca experiencia peleando cuerpo a cuerpo sobre el barro. ¿O se equivocaban?

Me miraban y les surgían las dudas. ¿No los abandonarían en cuanto me saliera algo mejor? Muy pronto me saldría algo mejor, me auguraron. La enseñanza de Matemáticas y Física en secundaria se me iba a quedar pequeña. Y ellos no querían frustrar a más seres humanos. Ya frustraban a cientos de niños cada año como para además frustrar a adultos de treinta y ocho años con cargas familiares y un pasado laboral convertido en un cráter desde el que miraba a las estrellas con el rostro compungido, como aquel pequeño príncipe extraterrestre del cuento.

Nunca tenía que haberme vuelto de Estados Unidos, me decía algunas mañanas. Wisconsin, le decía a Mario, mi hijo mayor, de seis años, y él sonreía. Debía haber resistido. Haber buscado otro director de tesis allí y haberle dicho que mi anterior director de tesis se había suicidado. ¿Quién quería tomar el relevo?

Al fin me llamaron para trabajar de teleoperador. Fueron los únicos que no hicieron ningún comentario sobre

mi currículum. Los únicos que no me pidieron que les explicara, en los siguientes dos minutos, algo breve y fácil de entender sobre los púlsares y los cuásares. Me dijeron cuál era el sueldo, cuál era el horario y cuáles eran mis obligaciones. Firmé.

Empecé a levantarme a las seis de la mañana, a cruzar la ciudad en metro y a sentarme en mi puesto telefónico. Attendía las llamadas de clientes descontentos con compañías de seguros, operadores de internet o bancos (nos reenviaban las llamadas de distintas empresas). Las órdenes que me habían dado el primer día y que el encargado de planta nos repetía cada dos horas eran claras: «Nunca podíamos darle la razón a los clientes». Teníamos que darles los buenos días (no rotaba, siempre trabajaba en el turno de mañana, pero me imagino que los del turno de tarde daban las buenas tardes), decir por favor y tratarlos de usted en todo momento, pero nunca (sería el peor de los errores posibles) admitir que llevaban razón. Podíamos mostrarnos aparentemente comprensivos, pero a una frase del tipo: «Entiendo su enfado» debía seguirla otra de tipo legal: «Pero usted firmó en el contrato que...».

Me echaron después de quince días allí. El finiquito fue minúsculo y la vergüenza que sentí inmensa. Tardé casi un mes en decírselo a mi familia. Y si por mí fuera, quizá nunca se lo hubiera contado. No me sentía con ánimos de confesárselo a Miriam, mi mujer.

Así que durante todo ese tiempo seguí levantándome a las seis de la mañana, saliendo de casa a la misma hora, montándome en el metro y perdiéndome por los intestinos de la ciudad. Me sentaba en un parque de otro

barrio a ver pasar a la gente, iba a las bibliotecas a leer, cuando llovía me resguardaba de la lluvia en los centros comerciales, iba a jugar a un viejo club de billar con los tapetes desgastados y los tacos sin afilar.

Si me veía desde fuera y me aplicaba el método de análisis científico al que le había dedicado la mayor parte de mi vida adulta, podía llegar a la conclusión de que estaba desequilibrado. Seguramente necesitaba ir al psiquiatra y que me recetara algunas pastillas para reequilibrar la serotonina. Pero me negaba a verme desde fuera. Seguía con ese insensato plan de huida hacia la nada. No quería reconocer una nueva derrota ante mi mujer y no quería que los niños se pusieran tristes. Pretendía protegerlos de las malas noticias. Aunque su abuelo había muerto y les habíamos tratado de explicar lo que eso significaba, no creía que pudieran entender lo que suponía que cerraran tu departamento universitario y lo mejor que pudieras encontrar fuera un trabajo de teleoperador y en menos de dos semanas te hubieran puesto de nuevo en la calle.

Mi mujer me descubrió por culpa de una notificación de la Seguridad Social. Para ella no existe la intimidad. Se siente legitimada para abrir cualquier carta que llegue a mi nombre. Me gustaría haber estado en situación de haberle reprochado que abriera mi correspondencia, pero desde luego no lo estaba después de mis mentiras. Mi mujer vio en la carta de la Seguridad Social que hacía casi un mes que mi cotización había sido suspendida por mi último pagador. Quiso saber por qué no se lo había contado. Me preguntó si durante esas horas perdidas había estado acostándome con otras mujeres. Lo negué. Nunca

le he sido infiel a mi mujer. Ella lo sabe. Aunque en alguno de mis paseos en hora de oficina me había tentado la idea de entrar a uno de esos locales de masajes con final feliz. Cuando yo era niño un final feliz era algo relacionado con príncipes y perdices. Para un parado melancólico era la posibilidad de que una inmigrante búlgara con facturas atrasadas te la chupara después de masajearte la espalda en *topless*. Los tiempos han cambiado. Me dolió ese término de horas perdidas que usó mi mujer, pero era dolorosamente adecuado. Me dio un abrazo y me hizo prometerle que abandonaría las estupideces.

Desde entonces básicamente me he dedicado a llevar a mis hijos al colegio, a recogerlos, a hacer construcciones en el suelo del salón con Sara, a sacarlos al parque cuando hace buena tarde, a dibujar con Mario, a pedirles que no pongan tan fuertes los dibujos animados en la televisión, a ir a diario al supermercado, aunque solo sea para comprar una barra de pan, a hacer la comida y la cena, a aprender que la comida preferida de Miriam es la lasaña, la de Mario la pizza y la de Sara la tortilla de patatas, a beber vino a solas y esconder las pruebas de mi derrumbe, a leer las novelas que cojo de la biblioteca, a dormir mal, a sentirme una mierda, a limpiar y ordenar la casa, a planchar, a ver todos los concursos de la televisión y pensar que yo podría hacerlo mejor, a afeitarme cada mañana para no parecer uno de esos parados que se abandonan, a sonreírle a las madres de los compañeros de clase de mis hijos, a leer los periódicos en internet, a tomar un café detrás de otro, a hacer balances de mi vida, a mirar al suelo cuando me parece que algún

conocido viene de frente por la acera mientras paseo sin rumbo a las once de la mañana.

He estado tratando de encontrar los motivos de lo que me ha pasado. Como especie no soportamos la idea de que las cosas pasen simplemente porque sí. Necesitamos razones. Y sobre todo necesitamos culpables. Me siento culpable. La culpa de las enfermedades, en nuestro tiempo, la tienen los enfermos. Cualquier persona que sufra un cáncer o tenga un infarto repentino podría haber hecho más por su salud. Más deporte. Tener más cuidado con la alimentación. Haber fumado menos. Haber bebido mucho menos. Haber acudido a más revisiones de todo. Haber reducido su estrés. Haber sido más combativo con la enfermedad una vez diagnosticada.

No hay bibliografía en internet sobre las causas que llevan a un hombre de 38 años, ni particularmente enfermo ni particularmente sano, a despertarse a media noche poniendo huevos. No la esperaba. Solo quería llenarme la cabeza de información. Me he dedicado a leer, después del desayuno, las cosas que en general hago mal. Hago poco deporte. Bebo demasiada cocaola. Como fruta, pero nunca llego a las recomendadas cinco piezas diarias. Poco pescado azul. Demasiada carne roja. Vivo en una zona contaminada de la ciudad, lo que anula el hecho de no fumar. Consumo demasiados dulces procesados. Me pierden las bolsas de patatas fritas. Tiendo a ver el mundo de manera negativa. Soy un poco hipocondríaco. Me cuesta mucho compartir mis preocupaciones con alguien. Quizá mi huevo sea la condensación de los silencios demasiado prolongados,

las preocupaciones y las toxinas acumuladas a lo largo de estos últimos meses.

La verdad es que estuve en el médico hace un par de semanas. Llevaba unos días mareado. Al principio traté de negarlo, pero después de un desmayo empecé a temer que pudiera tratarse de uno de esos tumores cerebrales de crecimiento ultra rápido. Una vez leí en algún sitio que si un hombre se levantara un día meando sangre lo que haría a partir de ese día es mear a oscuras y confiar en que todo mejorará solo. La mayoría haríamos algo así. Esconder nuestros huevos en el armario y esperar que la puesta se detenga.

El médico me miró los ojos con esa linternita roja que tienen. Me hizo algunas preguntas. Me tomó la tensión. Me recomendó que me moviera más y comiera menos carne roja. Me dijo que seguramente todo era una cuestión de estrés. La depresión pasajera del primer mes, que quizá se había afianzado y estaba gritando para que le hiciera caso. Me preguntó si quería que me derivara al psiquiatra. Le dije que me sentiría mejor si no lo hacía. Salvo que fuera absolutamente imprescindible. No lo era. Me mandó unos análisis. Para quedarnos tranquilos. Revelaron que tenía el colesterol un poco alto. Y los triglicéridos. Bastaba con que comiera más verduras y menos pan blanco. Había otra cosa, añadió. Uno de esos marcadores que nunca se sabe muy bien a qué responden estaba un poco alto. Me harían pruebas más específicas dentro de un mes.

En mayor o menor medida los mareos han continuado. Y el miedo a que ese marcador con un valor anómalo

escondiera algo verdaderamente grave. Quizá los huevos no son más que la primera manifestación de algo temible. Me he desnudado frente al espejo y me he registrado entero en busca de alguna pluma. De momento nada. A las once y media volvieron los retortijones y antes de las doce había puesto mi tercer huevo. Lo he guardado junto a los otros dos. Pronto dejarán de caber los huevos. O mi mujer echará a lavar su toalla, irá a por una nueva y me preguntará qué significa esa colección de huevos. He llorado con el desconsuelo de un niño al que nadie ha ido a recoger al colegio.

Los huevos fueron las mayores víctimas de la época de la primera psicosis colectiva con el colesterol. Fue a principios de los noventa, cuando todos los adultos de más de treinta años empezaron a descubrir que existía el colesterol y que ellos lo tenían alto hasta unos niveles que hacían peligrar su salud vascular. Los hijos de esos adultos que llegaban a la cuarentena con la sensación de ser aún inmortales pero debían enfrentarse por primera vez al vértigo nos enteramos de todo aquello porque nuestras madres dejaron de ponernos una tortilla para cenar cada noche.

Mi madre me metió en la cabeza que los huevos eran pequeñas bombas de colesterol LDL esperando a estallar en mi hígado. Saqué de manera casi absoluta los huevos de mi dieta durante años. Hasta que volví de Estados Unidos y me casé con Miriam y ella me habló de ciertos estudios bioquímicos que aseguraban que los huevos no eran tan malos.

A Sara le encantan los huevos. Y en estos últimos

meses he ido ampliando mi gama de maneras de cocinarlos. Tortilla de patatas con cebolla, con calabacín, con pimiento, tortilla de chorizo, tortilla de atún, tortilla de alcachofas, de alcachofas con jamón, tortilla de champiñones, de sobrasada, huevos escalfados, rotos con chorizo, revueltos con bacon, pasados por agua.

No fui capaz de decirle a mi mujer que me habían echado de mi trabajo como teleoperador, tuve que esperar una indiscreción burocrática. No fui capaz de decirles a mis hijos que su abuelo había muerto, tuvo que hacerlo Miriam. Gregorio Samsa lo tenía fácil. Le bastaba tratar de salir de su cuarto para que todos se dieran cuenta del repugnante insecto en que se había convertido. Pero mi aspecto en el espejo, desnudo o vestido, no delata que desde las tres de la mañana pongo huevos. Como una vulgar gallina. Tendré que hablar. No sé cómo empezar.

He limpiado el piso buscando distracción, pero no he sido capaz de sacarme los huevos de la cabeza en todo el día. Cada poco tiempo iba al armario del aseo y secretamente esperaba que ya no estuvieran allí. Pero allí seguían. No parecían dispuestos a desaparecer. Su corporeidad era obstinada. A las cinco de la tarde puse el cuarto, que guardé junto a sus compañeros. Los he medido y los he pesado. El diámetro medio de esos cuatro huevos es de unos 15 centímetros. Su peso medio es de unos 800 gramos. No son nada si los comparamos con una enana marrón, pero no están nada mal para haber salido de mi cuerpo. He sentido una especie de orgullo. He pesado uno de los huevos de gallina (de los grandes) que teníamos en el frigorífico y apenas llegaba a los 80 gramos.

He leído que los huevos de avestruz pesan en torno a kilo y medio y que los venden a unos 25 euros en algunos mercados especializados en productos como huevos de avestruz o carne de cocodrilo. También he leído que es muy raro que un avestruz ponga más de un huevo al mes. Yo llevo cuatro desde que empecé en la madrugada. Quizá debería confesarles a Miriam y a mis hijos lo que está pasando y montar un pequeño negocio familiar de huevos de profesor de Astrofísica casi cuarentón en paro. 12 euros el ejemplar, quizá 15. Con uno de ellos tendrías para hacer una tortilla enorme. Ahora que no tengo trabajo sería una manera de aportar algo a la economía familiar.

Cuando era niño mi madre me llamaba a veces a la cocina y me decía: «mira, este huevo tiene dos yemas». O: «mira, este huevo tenía un pollito dentro». Los huevos con pollito había que desecharlos. Era desagradable ver un minúsculo cadáver negruzco flotando entre la mezcla de la clara y la yema y el futuro que nunca vería. El aborto de una gallina, literalmente.

Lo único que pido mientras me atrevo a cascar el primero de los huevos que puse es que dentro no haya más que una enorme yema envuelta en una pringosa clara. No soportaría encontrarme dentro un ser negruzco parecido a mí que hubiera muerto asfixiado en el interior.

Al batir ese huevo me ha parecido más cremoso que los de gallina. Nunca he probado los de avestruz. Mi madre le ponía un chorrito de leche a los huevos para que la tortilla francesa quedara más jugosa. He aprendido mientras buscaba información sobre mi caso que la

tortilla francesa toma su nombre de la escasez de patatas provocada por la invasión francesa de principios del siglo XIX y que obligó a dejar de comer durante meses tortillas de patatas (española).

Son las ocho de la tarde y mi mujer ha vuelto con los niños. Me ha preguntado qué tal me encontraba. Le he dicho que mejor pero mi cara desmentía cualquier palabra de mejoría. Mi mujer les ha pedido a mis hijos que no se acerquen demasiado a mí hasta que mi virus pase. Miriam se ha conectado al ordenador para consultar si le habían respondido a algunos asuntos que dejó en marcha antes de salir de la oficina. Sara me ha preguntado qué estaba preparando de cenar. «Una maxitortilla», le he contestado. Le ha hecho gracia lo de maxi. Les he preguntado a mis hijos de qué la querían esta noche. «De patatas», ha dicho Sara. «De jamón», ha pedido Mario.

«Venid un momento conmigo al aseo», les he pedido a los dos. «Tengo algo que enseñaros». «¿Qué es?», me han preguntado. «Ya lo veréis». Sara ha sido la primera en verlos. «¡¡Hala, qué grandes!!», ha exclamado. Mario tenía las pupilas dilatadas de la emoción. Los niños no van a preguntarme de dónde los he sacado. Los huevos simplemente han aparecido ahí y su padre se los ha enseñado. No necesitan conocer la historia completa del universo antes de ese instante.

En cuanto se lo cuenten a su madre tendré que empezar a dar explicaciones. Espero contar con el apoyo de mi familia en estos momentos difíciles. Me gustaría que todo tuviera un final feliz del tipo: «y fueron felices y cenaron tortillas». O algo así. Aunque sea difícil en estos

tiempos. La masa de huevo batida que me ha quedado en el bol es enorme. Creo que la repartiré para hacer dos tortillas, una de patatas y otra de jamón. Como los niños querían.